

LOS ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA. INICIOS Y ACTUALIDAD*

ANTONIO ALCALA**

Si alguno preguntara por qué se estudian actualmente la lengua y la literatura en las escuelas y universidades, podría responderse con unas cuantas palabras porque existió Homero. La obra de ese ciego extraordinario inició, de manera diferente, la transmisión de los valores estéticos y morales que rigen a las comunidades humanas. Sus poemas encarnaron los ideales de la cultura griega a grado tal, que determinaron “la dignidad, la independencia y la función pedagógica de la literatura”.¹ Desde entonces, leer, reconstruir, comprender, profundizar e imitar a los grandes hombres del pasado y poner en práctica sus virtudes serán las metas de la educación. Conocimiento del pasado, discusión del presente y visión oportuna del porvenir formarán, en adelante, el ideal del ciudadano responsable. De ahí la expresión ciceroniana que compendia la responsabilidad del intelectual en la Roma clásica ningún servicio podemos prestar a la república mayor ni mejor que educar a la niñez y a la juventud.

Ahora bien, no todos los pueblos antiguos inspiraron su educación en textos literarios; los hindúes y los israelitas, sólo por dar dos ejemplos, formaron su concepto de la vida en torno a textos religiosos. Es cierto, los himnos de los Vedas y la Biblia tienen abundantes aspectos literarios, pero eran los que menos interesaban a esas comunidades. Los hindúes llegaron a tener un respeto tal por las divinidades que crearon una lengua especial para dirigirse a ellas; cuidaron sobremanera la pronunciación de las oraciones porque de ello dependía que lograsen las gracias solicitadas; por esta razón, se convirtieron en los fonetistas más avanzados de la antigüedad.² Los judíos, por su parte, comprendieron que el mensaje fundamental de la Biblia era hacerles conocer que el mundo era obra divina y que ellos eran los elegidos de Dios.

Los griegos, por el contrario, vieron en el hombre un ser tan admirable que dedicaron muchos esfuerzos a comprender su naturaleza y comportamiento. Los mismos dioses -tan numerosos en esa cultura- en cierto sentido sólo llenaban necesidades de los humanos; eran fruto de la actitud reflexiva que los llevó a maravillarse ante realidades que otros pueblos aceptaban sin discusión. Ellos pusieron las bases del pensamiento moral, filosófico, político, científico y estético del mundo contemporáneo occidental.

Su enorme capacidad crítica la volvieron también hacia el lenguaje y los textos literarios. Mientras los hindúes e israelitas, para volver con los ejemplos, explicaron el origen del lenguaje a través de la acción divina, los griegos afirmaron con toda claridad que era un invento humano; sólo discutieron los posibles procedimientos seguidos en la invención, pero nunca dudaron de la capacidad del hombre para elaborar un sistema de signos tan complicados.³ Lo mismo ocurrió con las obras literarias. Ellos no divinizaron los textos capitales de su cultura, pero unificaron las versiones que habían ido apareciendo con el tiempo y estudiaran con interés la lengua en que estaban vertidos. Esta labor histórico-lingüística, unida al análisis interior de los poemas de Homero, fueron las bases lejanas de la filología occidental que comprende: lengua, literatura e historia.

Casi por la misma época se sumaron la filosofía y la pedagogía al estudio de los textos, con lo que se integró el mundo de las humanidades. Todas estas disciplinas analizaban un aspecto diferente de las obras artísticas verbales la gramática se encargó de estudiar los aspectos lingüísticos y los efectos de la construcción estética; la filosofía, de las verdades expresadas en el texto; la historia, de los hechos pasados; y la pedagogía, del ordenamiento sencillo del discurso que permitiera la fácil transmisión del mensaje. La unión entre ellas pronto quedó de manifiesto al nacer los poemas didácticos, históricos y filosóficos; pero se desarrolló también el cultivo de la belleza verbal a través de la lírica.

* Conferencia sustentada en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, con motivo de la iniciación de la carrera de Letras Hispánicas en dicha Universidad.

** Doctor en Letras; UNAM.

¹ Ernst Robert Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México, 1975, p. 62.

² Maurice Leroy, *Las grandes corrientes de la lingüística*, México, 1969, pp. 13-14.

³ John Lyons, *Introducción en la lingüística teórica*, Barcelona, 1971, pp. 6-9.

El mundo grecorromano integró, así, un campo de cultura a base de reflexiones y doctrinas de gramática, retórica, poética y dialéctica, todas en constante cambio e interacción. En ese tiempo, hablar de lenguaje era hablar de hechos culturales y perspectivas filosóficas. Aristóteles, por ejemplo, afirmó que el conocimiento se adquiere en la medida en que se domina el lenguaje, de donde deriva la unión indisoluble entre los hechos lingüístico-literarios y sus soportes filosóficos. Ese autor cuando hurga en los problemas de la sintaxis, no los reduce a la estructura de la lengua griega, sino que los integra al campo más amplio de la lógica; cuando estudia el funcionamiento de las figuras -problema técnico del lenguaje- lo resuelve en el contexto de la persuasión retórica o de la forma poética. Proclama la dignidad de la primera y la íntima relación que existe entre poesía y filosofía. La metáfora, dice, caracteriza a los seres privilegiados, puesto que manifiesta la fineza del pensamiento que percibe levísimas relaciones entre los seres.

Los seres, como Dionisio Tracia y Apolonio Díscolo, también mostraron el ideal cultural, subyacente a su trabajo descriptivo: perfeccionar el griego y volverlo instrumento literario; había que transformar el lenguaje burdo, que hablaba la gente, en lengua refinada y perfecta.⁴ Esta preocupación cultural fue la causa del nacimiento y desarrollo de los estudios gramaticales, y por eso, también, en la antigüedad no se dieron los especialistas o gramáticos puros. En el siglo I a. C. Varrón, en su estudio gramatical, reafirma que el objeto de ese campo es el conocimiento sistemático del uso de la mayoría de poetas, historiadores y oradores.⁵ El hablar correctamente es preocupación constante entre los ciudadanos y al analizar la literatura de la época puede verse cómo se desprecia al lerdo, al torpe que se resiste a la civilización.⁶

Todavía seis siglos después, Prisciano, en la introducción a sus *Institutiones rerum grammaticarum* aclara que si los estudios literarios han decaído es porque el estudio gramatical se ha realizado de manera imperfecta, y su intención es provocar, con su gramática, el renacimiento de los estudios literarios, pues -según él- debían su postración a la abundancia de malas traducciones griegas.

En la época clásica, la creación poética llegó a ser un trabajo sumamente prestigiado, porque en ella se manifestaron muchos de los valores sociales. El pueblo gozaba los poemas, los veneraba, los memorizaba. En ellos encontraba a sus dioses, a sus héroes y a los hombres con quienes convivía; por eso terminó por abrir instituciones en donde se enseñara la creación literaria y el conocimiento de los antiguos autores. Así nacieron los estudios humanísticos en las escuelas. En ellas, los textos homéricos se convirtieron en el centro de la educación ciudadana y en símbolos de la comunidad. Fueron estudiados, recitados a coro públicamente y considerados como fuentes de preceptos morales.

Esto originó una serie de actitudes sociales ante el trabajo literario y el filológico. El poeta, al igual que el profeta, se convirtió en el enviado de los dioses, y el humanista, en el erudito de la comunidad. Por otra parte, se relaciona la inmortalidad con quien hacía poemas y con quienes protagonizaban éstos. Nació, entonces, una nueva misión del poeta: recolectar la opinión comunitaria y conducir al pueblo hacia determinados fines intelectuales, estéticos y aun de conveniencia social, lo que transformó al poema, de objeto estético en objeto político. Así nació un nuevo peligro utilizar la fascinación verbal para ocultar ideas inconfesables, por una parte; pero también abrió, por otra, la posibilidad de llevar a los ciudadanos hacia la justicia, a través de textos bellos.

⁴Debe recordarse que los griegos afirmaron que la lengua escrita era la correcta por antonomasia, mientras que la hablada era un acercamiento más o menos frustrado al modelo literario.

⁵Varrón, en su obra *De lingua latina*, además de la afirmación citada en el texto, insistió en que otro objeto de la investigación gramatical era la defensa de la latinitas (o corrección lingüística), y la define como el conjunto de criterios compuestos por “natura, analogía, consuetudo et auctoritas” (Citado en K. D. Uitt, *Teoría literaria y lingüística*, Madrid, 1975, p. 38).

⁶En comparación con las palabras que designan en latín a la ‘persona educada’, abundan notablemente en la literatura (escrita por personas educadas) las designaciones despectivas del lerdo, del zafio, del obtuso, del salva je que se resiste a la civilización, y, en lo que se refiere al lenguaje, los sinónimos de ‘rústico’, ‘bárbaro’ y ‘extranjero’. (¿No se oye hablar todavía de expresiones rústicas, de voces bárbaras y de extranjerismos? (Antonio Alatorre, *Los 1001 años de la lengua española*, México, 1979, p. 41).

De esta manera aparecieron los poetas en las cortes. Allí alabaron a los gobernantes, a veces indignos, o difundieron ideas políticas por encargo. Esta costumbre ha llegado hasta nuestros días. Pirenne, al estudiar los inicios de la Edad Media, dice de los germanos que “en cuanto sentaban pie, sus reyes se rodeaban de oradores, juristas y poetas”.⁷ Sin embargo, la veneración por quienes cantan las virtudes humanas parece ser anterior a esa época; bastaría recordar aquel texto del profeta Daniel:

Los sabios brillarán en el esplendor del firmamento; y los que enseñan a muchos la justicia serán como eternas estrellas (XII, 3).⁸

La idea de la fama que reciben tanto quien escribe el poema, como el sujeto cantado en él, se encuentran en diversos textos clásicos: Homero (Iliada, VI, 359), Teócrito (Idilio, XV). Horacio (Odas IV, VIII, 28) y Ovidio (Amores, 1, X, 62); pero un texto de Propercio es muy claro. Dice en las Elegías:

¿Nos admiraremos, siéndonos Baco y Apolo propicio/
si una turba de niñas adora mis palabras?

Y más adelante se dirige a las musas

Afortunada alguna si en mi libro es celebrada.
Mis cantos recordarán su forma
Pues no caerá por el tiempo el nombre adquirido por el
ingenio (la poesía)/ pues éste posee la gloria
sin muerte.⁹

Ante estos versos sólo queda afirmar que el escritor tenía clara conciencia del papel de árbitro que jugaba en la sociedad. De él dependía inmortalizar o vilipendiar a una persona; unir o separar a una comunidad; aceptar o rechazar el favor político. Pero al lado de poetas que se corrompieron hubo otros que dedicaron su vida a reflexionar sobre los valores comunitarios y a defender a los oprimidos.

Ahora bien, si el cultivo de la lengua escrita, a través de la gramática y la creación poética, tenía un alto grado de prestigio, el cultivo de la expresión oral no le iba a la zaga. El dominio de la oratoria, para los ciudadanos de las sociedades clásicas, tenía características de excelencia. Basta leer el Brutus y el De Oratore de Cicerón o el Dialogus de Oratoribus de Tácito, para comprender la amplia formación que era necesaria para ser gran orador, y el éxito -incluso económico- de quienes lo conseguían. Ambos, el poeta y el orador, eran considerados eximios creadores, pero había una prolongada polémica entre las dos actividades.

Los más interesados en los bienes materiales pensaban que no valía la pena consumir la vida creando textos poéticos, porque “ni concilian dignidad alguna a sus autores, ni producen utilidades”, y, por otra parte, “consiguen un placer breve, un elogio inane y estéril”.¹⁰ Además, necesitan de la vida apartada, que impone la renuncia a los placeres, incluso los más inocentes, como el trato con amigos y los paseos; porque el poeta debe permanecer en la soledad para conciliar las ideas y los sentimientos, verterlos luego en palabras y versos hermosos.

A esta vocación poética de silencio y apartamiento se oponía la brillante carrera del retor (orador). Si se quería tener una posición destacada en esa sociedad tenía que dominarse el arte de la expresión oral. Era una larga preparación que incluía abundancia de información sobre el mundo, una sidéresis a toda prueba y un elevado dominio de la construcción y del arte de la palabra. El orador ideal, para Tácito, era aquel

⁷Henri Pirenne, Mahomet et Charlemagne, París-Bruselas, 1937, p. 102.

⁸He aquí el texto latino: “Qui autem docti fuerint fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad iustitiam erudiunt multos, quasi stellae in perpetuas aeternitates.”

⁹He aquí los textos latinos “Miremur, nobis et Baccho et Apolline dextro,/ turba puellarum si mea uerba colit?” (v.v 9-10). “Fortunata meo si qua est celebrata libello/carmina erunt formae tot monumenta tuae” (v.v. 17-18). “At non ingenio quaesitum nomen ab aeuo/ excidet: ingenio stat sine morte decus” (v.v. 25-26) (en Propercio, Elegías, III, II. Versión de Rubén Bonifaz Nuño, México, UNAM, 1974).

¹⁰Tácito, Diálogo sobre los oradores, Introducción, versión y notas de Roberto Heredia, México, UNAM, 1-977. (En diversos lugares de este trabajo he tomado ideas de la introducción de Heredia.)

“que puede hablar sobre cualquier cuestión de manera bella y con aliño, y puede persuadir con eficacia, según la dignidad de los asuntos de acuerdo a la ocasión y con deleite de los oyentes” (p. 35).

El orador tenía la obligación de dominar algunas artes, pero debía conocerlas todas. Cicerón, por ejemplo, conoció a fondo la geometría, el derecho, la música, la gramática, la filosofía, la dialéctica y la moral. Se pensaba que el orador podría construir discursos densos en los conceptos y fluidos en la expresión, sólo si la estructura estaba sostenida por información nutrida y adecuada. Combinar la profundidad de los pensamientos con la elegancia de las palabras; elegir con tino el asunto; ordenar con sabiduría el material; combinar abundancia con brevedad; gracia con claridad y afectos con razonamientos, constituyeron el ideal estético del momento.

Se pensaba que la inteligencia podría brillar adecuadamente cuando la complementara la elocuencia, pues la tarea del orador era persuadir a los oyentes, operación la más difícil de todas, porque

“exige cualidades naturales de cuerpo y espíritu, una larga práctica y sólida formación”.¹¹

Dedicarse a la oratoria era entrar al cultivo de la sabiduría. Los autores romanos, por ejemplo, no se cansan de alabar las virtudes de ciertos oradores que tenían por modelos insuperables. Consideraron a Demóstenes y Pericles oradores casi perfectos. En Isócrates admiraron la elegancia al ordenar las palabras y construir periodos cadenciosos; en Demetrio de Falera, la suavidad y la flexibilidad del discurso; en Pericles, la riqueza y la abundancia en la expresión; en Hortensio, su capacidad para vencer al adversario y la facilidad para controlar las opiniones de los jueces, haciéndoles pasar rápidamente de la reflexión a la hilaridad.

Todos los aspectos del discurso eran atendidos con minuciosidad. Los oradores observaron que la propia lengua abre posibilidades múltiples de expresión, pero marca también límites precisos y autoritarios. Repararon en los secretos de la sílaba y el ajuste de cada una en la palabra, necesario para lograr la cadencia del enunciado. Pero también atendieron al oído del receptor, que distingue entre lo musical y lo cacofónico, entre lo lleno y lo vacío. Conocieron los secretos de la respiración, en la que tiene que adaptarse la capacidad almacenadora de los pulmones a la extensión de la frase, para evitar los cortes de aire que interrumpen la expresión y rompen la armonía fónica. Si a esto se agregan el cuidado que pusieron en la variación de intensidad y tono al hablar, y los recursos dramáticos puestos en juego al pronunciar el discurso, comprenderemos la razón por la cual multitudes de tres y cuatro mil personas seguían por las calles al orador Gayo Graco. A decir de Plutarco, el discurso de aquél era terrible, atrayente, patético y brillante.¹² Este análisis, a la vez minucioso y globalizador de la expresión humana que hacía la retórica, conminó a Aristóteles hacia la consideración de que la poesía es una manera de retórica; y la retórica popular, una especie de poesía desligada de la forma métrica.

Al paso del tiempo, el arte de la elocuencia decayó. Tuvo un breve renacimiento en la obra de Quintiliano, no tanto porque haya traído un nuevo espíritu, sino porque resucitó la preceptiva ciceroniana y agregó a ese campo la práctica de la rectitud. Con él la imagen del humanista adquirió dos rasgos fundamentales su amor por la educación de los nuevos ciudadanos y la honradez y la responsabilidad como cualidades de la formación total. Su concepto de ciudadano perfecto lo resumió en un dicho del anciano Catón “Ser hombre de bien y correcto en el hablar” (peritus discendi).

Ahora bien, el camino para llegar a este ideal fueron las escuelas; ellas se convirtieron en la cantera que produjo admirables poetas, oradores y gramáticos que influyeron de manera decisiva en la sociedad de su tiempo; pero llegaron a lograr esos éxitos precisamente por su buena formación, que se sustentaba en el conocimiento y la imitación de los clásicos. Era un camino que se concebía como una construcción de capas superpuestas; es decir, lo nuevo se sostenía en el conocimiento de lo antiguo. Había por lo menos tres etapas en la preparación humanística de los alumnos. La primera fue llamada por Mesala “primeros elementos” y consistía principalmente en el dominio de la lectura y la escritura. Después venía la preparación técnica

¹¹Cicerón, *Bruto*, Introducción, versión y notas de Juan Antonio Ayala, México, UNAM, 1966, p. XX.

¹²Jean Bayet, *Literatura latina*, Barcelona, 1983, p. 115.

erudita, confiada al “gramaticus”, quien explicaba los autores clásicos y enseñaba la estructura de la lengua materna. La explicación de los autores se hacía desde dos perspectivas; la primera iba del elemento al todo Fonemas, sílabas, palabras, versos, estrofas, párrafos y texto. En ella se explicaban los diversos niveles del lenguaje fonético, morfológico, sintáctico, semántico y etimológico. La otra perspectiva consideraba la obra en su totalidad; se iniciaba con el sentido literal y se pasaba después a los aspectos mitológicos, astronómicos, históricos y simbólicos del poema.

Dionisio de Tracia, autor de la primera gramática occidental, presenta las etapas del análisis de los autores de la siguiente manera

“(La gramática) tiene seis partes. Primera lectura en voz alta del texto, dando la atención debida a la pronunciación y a la entonación. Segunda, explicación de los giros literarios. Tercera, explicación de glosas y ejemplos mitológicos. Cuarta, descubrimiento de las etimologías. Quinta, determinación de las etimologías analógicas. Sexta, apreciación de las composiciones literarias, la cual es la parte más noble de la gramática.”¹³

Puede verse que el estudio gramatical era sólo una pequeña parte de un plan cultural más extenso, que servía como iniciación al mundo de la sabiduría. Integración, pues, de todo el conocimiento, para agotar mejor la realidad.

Sin embargo, al llegar la época medieval, los elementos integrados de ese saber totalitario fueron destrabándose poco a poco. El afán analítico de Aristóteles llevaba el germen de la separación. Los Escolásticos, al revivir el culto por ese autor, llevaron hasta sus últimas consecuencias la metodología: se rebelaron contra el estudio unitario e iniciaron la filosofía analítica. La reflexión sistemática, aplicada al pensamiento por la lógica, pasó al estudio del lenguaje y se negó el anterior concepto de “cultura”; se optó por revisar la tradición gramatical y se cambió su objeto de estudio: el lenguaje de los poetas y prosistas no fue ya el más estudiado, sino el de los especialistas (latín escolástico), porque se pensaba que sólo éste podía conducir a la verdad.

Por este camino, San Anselmo, en su obra *De Grammatico*,¹⁴ Abelardo y otros más, llegaron al análisis plenamente gramatical del lenguaje, es decir, abstrayeron la naturaleza de relación y función de las formas lingüísticas y se acercaron bastante a las nociones de estructura y relevancia sintáctica, aunque sus fines no fueron propiamente lingüísticos. Se interesaron por la lógica, la que describieron como el estudio del reflejo del mundo material en las estructuras de la mente, y en ese interés radica el origen de su tendencia anticultural, pues buscaban la estructura del pensamiento y no las anécdotas en que se manifiesta. Bacon, por ejemplo, reconoció la importancia cultural de los estudios literarios, pero los eliminó de sus intereses intelectuales; éstos andaban por otro lado la convicción de que la gramática era una, en esencia, para todas las lenguas y que las diferencias eran simples variaciones accidentales.¹⁵

Así se llegó a la gramática especulativa. La sola descripción del latín a la manera de Prisciano y Donato ya no fue suficiente; los comentaristas pronto transpusieron los límites de la simple explicación y exégesis, y se lanzaron en busca de una teoría subyacente a las partes de la oración y a las categorías empleadas en el análisis. De esta forma, la gramática especulativa se formó al unir la descripción del latín, con el sistema de la filosofía escolástica. Se acusó a los gramáticos anteriores de descuidar la teoría y centrar la atención en el acopio de datos; en observar y no en reflexionar. A partir de ese momento -siglo XII aproximadamente-, los estudios de teoría del lenguaje y de gramática general ocuparon el primer lugar.

Consecuencia de esto fue el reordenamiento de los estudios que anteriormente estaban unidos: la literatura fue excluida del campo científico; al gramático se le encargó la parte escolar del estudio de la lengua y el filósofo se encaramó al primer sitio reclamó como propio el estudio de la parte teórica de la gramática. Se decía en esa época “No es el gramático sino el filósofo el que descubre la gramática, tras minuciosa meditación

¹³Citado en H. Arens, *La lingüística: sus textos y su evolución, desde la antigüedad hasta nuestros días*, Madrid, 1976, p. 39.

¹⁴D. P. Henry, *The “De grammatico” of St. Anselm theory of Paronymy*, Washington, 1964.

¹⁵*Grammatica una et eadem est secundum substantiam in omnibus linguis.* (Citado en E. Gibson, *La Philosophie au Moyen-Age*, París, 1947, p. 405.)

sobre la naturaleza de las cosas” y también: “El necio es al sabio, como el gramático desconocedor de la lógica es al gramático versado en esa disciplina.”¹⁶

Apareció, entonces, una tendencia al estudio de la gramática universal centrada en la morfosintaxis, con descuido evidente de la fonética y la lexicología. En la teoría modística se advierte a cada paso la interpretación escolástica de la doctrina de Aristóteles. El interés es morfosemántico, porque busca asignar una categoría semántica definida y distinta a cada una de las diferencias formales de las clases de palabras. No obstante, los gramáticos especulativos alcanzaron sus mejores éxitos de carácter innovador en el campo de la sintaxis. Muchos conceptos fundamentales que actualmente se utilizan en la teoría sintáctica tienen su origen en ese periodo.

Ahora bien, es notable la desintegración de los estudios lingüístico-literarios que se da en la Edad Media, porque es un hecho contrario a la tendencia general del momento, pues los hombres de ciencia medievales buscaron un sistema que integrara todas las ramas del saber bajo los mismos principios filosóficos y religiosos. La Escolástica fue ese sistema que armonizó las exigencias de la razón con la revelación. Indudablemente, ni antes ni después de esa época se ha alcanzado ese grado de unión en el saber humano. Sin embargo, ella trajo aparejada una nueva actitud: en busca de mayor calidad en el conocimiento se llegó a la separación analítica, al conocimiento fragmentado. Nacieron entonces las actividades intelectuales igualmente fragmentarias; por eso, las “disciplinas” son una invención totalmente medieval.

En los estudios gramaticales se dio, también, una transformación total; si antiguamente la gramática era la ciencia del buen hablar y escribir a imitación de los clásicos, ahora pasó a ser, en palabras de Siger de Courtrai: la ciencia del lenguaje, y su ámbito de estudio la oración y sus modificaciones, porque -dice- la gramática tiene por firi la expresión de los conceptos de la mente, en oraciones bien formadas.¹⁷ Por eso E. Gibson ha dicho que la gramática especulativa nació en un contexto de “exilio de la estética”; en ese momento se buscaba una nueva ciencia gramatical que fuera un conjunto coherente de reglas que sirvieran como cauce a la expresión altamente formalizada del pensamiento puro. El lenguaje no fue más un instrumento para crear obras bellas y profundas, sino un medio para vencer la falsedad y realzar la verdad. Se rompió, en esa época, el diálogo entre los discursos poético, lingüístico y filosófico.

Sin embargo, esta corriente fragmentadora, con ser la mayoritaria, la oficial, no ahogó totalmente a la corriente tradicional; ésta tuvo insignes representantes a lo largo de la Edad Media. San Agustín y los Santos Padres transmitieron el concepto integrado de cultura, pero lo tiñeron de ciertos elementos cristianos para actualizarlo. San Isidoro de Sevilla, Beda el venerable y Alcuino, padre del renacimiento del siglo IX, mediaron entre las dos tendencias.¹⁸ Bernardo de Chartres, modelo del maestro medieval, recalca la obligación de imitar a los antiguos; consecuencia gráfica de ese concepto fue la imagen del presente representado por un enano subido en las espaldas de un hombre (la tradición). Chretien de Troyes sentía que el siglo XIII francés era el heredero de la humanitas de Grecia y Roma,¹⁹ que fue nombrada *chevalerie* (cultura); pero, sin duda, el representante preclaro de la corriente integradora fue Dante. Su obra *De vulgari eloquentia* es el tratado de teoría literaria más importante de la Edad Media.²⁰ Llama *eloquentia* a las reglas gramaticales con las que se consigue la elocuencia en el discurso. Para él, la gramática (lengua de la élite) salvaguarda la cultura, une las comunidades humanas y se inicia en las obras clásicas. Su concepción de las relaciones lingüísticas, que son también poéticas e históricas, es muy diferente a la de los escolásticos; para él, la tendencia epistemológica y el arte técnico se actualizan en el texto poético, y bajo esa luz produce el mejor ejemplo: la *Commedia*. En ella, la gramática representa el cultivo brillante del discurso poético y éste sintetiza nuestro conocimiento

¹⁶Non ergo grammaticus sed philosophus proprias naturas rerum diligenter considerans...gramaticam invenit.” (Citado por C. Thurot, *Notices et extraits de divers manuscrits latins pour servir a l’histoire des doctrines grammaticales au moyen age*, Frankfurt au Main,- 1964, p. 124.) “Sicut se habet stultus ad sapiéntem, sic se habet grammaticus ignorans logicam ad peritum in logica.” (Citado por Alexander Villadei, en *Doctrinale* led. D. Reichling), Berlín, 1893, pp. xi-xii.)

¹⁷Grammatica est sermocinalis scientia, sermonem et passionem eius in communi ad exprimendum principaliter mentis conceptus per sermonem considerans.” (Siger de Courtrai, *Oeuvres*, Lovaina, 1913, p. 93).

del drama humano la verdad.

La poesía vuelve a ser restituida como un modo intuitivo de conocer, sin necesidad de escalar los peldaños del raciocinio. Es la visión sintética o simbólica del lenguaje, como ya estaba presente en el “Cratilo” de Platón. El poeta retoma los más pequeños detalles de los mecanismos poéticos que la tradición le había heredado desde los clásicos grecolatinos hasta los poetas provenzales y del *dolce stil nuovo*.

De alguna manera, Dante llega a fundir las dos corrientes la visión poética que propone en el *De vulgari eloquentia* está expuesta en términos altamente analíticos, pero a la vez, la *Commedia* es la mirada total sobre el universo de su tiempo. Esta capacidad de síntesis sólo en este autor aparece de manera sobresaliente; lo común fue la polarización de opiniones.

Dos corrientes, la cultural y la analítica; dos puntos de vista sobre los estudios lingüístico-literarios fueron el resultado de la adaptación de la cultura heredada de la antigüedad al contexto medieval. Ninguna venció, y esto es la causa del movimiento constante que se ha dado entre la fragmentación y la integración del saber a través del tiempo.

La pugna entre las dos corrientes fue un hecho conocido plenamente en la Edad Media, tanto que se convirtió en el tema de una alegoría llamada “La batalla de las siete artes.” En ella, Homero y los demás autores clásicos salen de Orleans -centro donde se habían atrincherado la erudición y la literatura clásica- hacia París, capital de la lógica y la gramática especulativa, para combatir contra los filósofos y los representantes de las siete artes.²¹ En esa alegoría ganan las artes, pero al final de la historia se profetiza que en su día la verdadera gramática de los textos clásicos volverá para vencer.²²

Así sucedió. El Renacimiento propuso un nuevo modelo cultural e intelectual el estudio y la imitación de los clásicos.

Es curioso, pero en la época actual hay grandes semejanzas con lo que ocurrió en este campo durante la Edad Media (nada nuevo hay bajo el sol). La polémica sobre los estudios lingüístico-literarios continúa hasta nuestros días ¿especialización o Integración?, ¿estamos terminando una nueva Edad Media en este sentido? Los lógicos medievales están muy cercanos a los modernos filósofos del lenguaje y la semiótica literaria actual propone una concepción del lenguaje que recuerda a Platón y a Dante.

Y es que el mito del “eterno retorno reaparece sin falta cuando se analiza un largo periodo histórico.”²³ Una versión ampliada de ese mito nos muestra que los acontecimientos y los juicios de valor se repiten en diferentes momentos. El acontecer humano es un continuum al que nos acercamos con distintos prejuicios en cada época. Los estudios de lengua y literatura están separados en disciplinas distintas, pero hemos visto que no siempre ha sido así ni puede afirmarse que lo será en el futuro. No es casual; la lengua, la literatura y la filosofía han sido siempre las bases culturales de los pueblos y unir o separar su estudio ha sido sólo una cuestión metodológica; por eso las dos tendencias han aprendido a convivir en las universidades. En la primera etapa se imparte formación cultural que envuelve las tres áreas de conocimiento; después se ofrece

¹⁸Alcuino, en su *De pontificibus et sanctis ecclesiae Eboracensis* habla de algunos autores cuyas obras conservaba en su biblioteca: “Quod Maro Virgilius, Statius, Lucanus et Autor:/ Artis grammaticae vel quid scripsere-magistri;/ Quid Probus atque Focas, Donatus, Priscianusve/ Servius, Euticius, Pompeius, Comminianus,/ Invenies alios per plures, lector, ibidem/ Egregios studiis. . .” (Citado en K. D. Uitti, *Op. cit.*, p. 41.)

¹⁹Escribe este autor: “Par les livres que nous avons/ Lesfez des anciens savons/ Et del siècle qui fut jadis.” La chevalerie tuvo su origen en Grecia y de allí vino a Roma: “or est en France venue/ Dex doint qu’elle i soit maintenue (Cligés, II, 25 y ss.)

²⁰Dante, *De vulgari eloquentia*, Florencia, 1938. También Roger Dragonetti, “La conception du langage poétique dans le *De vulgari eloquentia* de Dante”, en *Aux frontières du langage poétique*, *Romanica Gandensia*, IX, 1961.

²¹Como es sabido, la educación medieval se fundó en las siete artes liberales la gramática, la dialéctica (lógica) y la retórica formaban el trivium o primera parte; la segunda o quadrivium estaba formada por la música, la aritmética, la geometría y la astronomía. Sus funciones se resumen en esta rima que circulaba en la Edad Media: “Gram loquitur dia vera docet; rhet verba colorat;/ Mus canit; ar numerat; ge ponderat; art colit astra” (La (gram)ática habla; la (dia) léctica enseña la verdad; la (ret)órica da color a las palabras que usamos; la (mús)ica canta; la (ar)itmética cuenta; la (ge)ometría mide; la (ast)ronomía estudia las estrellas) (Texto citado en J. E. Sandys, *History of classical scholarship*, Cambridge, 1921, Vol. I, p. 670).

²²Casi todos los manuales de historia de las ciencias de la Edad Media se refieren a esta alegoría. De hecho reflejaba una batalla intelectual que se dio a base de libros en que se defendían y atacaban las dos posiciones. La fuente del dato histórico parece ser un poema en romance de mediados del siglo XIII, de Henry d’Andelys titulado “La bataille des sept arts.”

la especialización en alguna de ellas, para volver a unir las en la investigación.

Por los años cincuenta, de manera semejante a la Edad Media, los científicos -sobre todo en los Estados Unidos de América- lucharon por la especialización de las ciencias humanas. Los lingüistas rechazaron las obras literarias como temas de estudio, por juzgarlas de un campo extraño, y los problemas lógicos, por considerar que el lenguaje es alógico o prelógico. Más o menos la misma actitud de rechazo manifestaron los literatos y los filósofos ante los lingüistas.

Afortunadamente vamos saliendo de esos tiempos aldeanos. El espíritu abierto, universal y tolerante empieza otra vez a soplar por todos lados; los investigadores reconocen la necesidad de ayudarse con los campos afines; las fronteras entre las disciplinas se observan cada vez más artificiales; nacen y se consolidan las interdisciplinas para estudiar problemas fronterizos entre las ciencias, y se reconoce a los hombres de espíritu universal. En el campo de la lingüística, Roman Jakobson proclama con orgullo, imitando al clásico lingüista soy y nada que ataña al lenguaje me es extraño.²⁴

Este autor insistió de manera constante en la integración de los campos de la lengua y la literatura. Escribió:

“San Agustín estimaba incluso que, sin experiencia en poética, apenas seríamos capaces de cumplir con los deberes de un gramático de valía. Por otra parte, toda investigación en materia de poética presupone una iniciación en la ciencia del lenguaje, puesto que la poesía es un arte verbal y, por tanto, implica en primer lugar un empleo particular de la lengua.”²⁵

Como ésta, cada día se suman las opiniones de pensadores sobresalientes que advierten la imposibilidad de realizar análisis serios de textos literarios, si no se cuenta con el instrumental lingüístico necesario, y a la vez, la incongruencia de negar validez al texto literario como muestra de un tipo de habla que debe ser analizado con igual rigor que la lengua hablada. Si ésta es la realidad, entonces es necesario preparar a los estudiantes teórica y prácticamente en los dos campos, para que puedan acercarse al fenómeno del hablar con una visión integradora. Esa preparación dará frutos, los espacios y los métodos que le permitirán unir los dos saberes. Por lo demás, esto es lo que han hecho siempre los grandes maestros. Antonio Alatorre reconoce

“Entre otras muchas cosas, de Raimundo Lida me viene la convicción profunda de que el estudio serio de la literatura no puede destrabarse del estudio de la lengua, y viceversa; estudiar en sus clases la historia de la lengua en los siglos XII y XIII era lo mismo que enseñarse a amar el Cantar del Cid y los poemas de Gonzalo de Berceo.”²⁶

Ese es, creo, el espíritu que tradicionalmente han defendido las universidades la amplitud de miras, la tolerancia que enriquece con nuevas ideas, el espíritu integrador; si nos privamos de él, caeremos en el discurso cegatón, artesanal y autoritario, incapaz de comprender que la esencia del hombre es precisamente su espíritu creador.

²³Mircea Eliade, *Le mythe de l'éternel retour. Archétypes et répétitions*, París, 1951.

²⁴Linguistici nihil a me alienum puto” (en “Post-scriptum”, *Questions de Poétique*, París, 1973).

²⁵Profesión de fe”, en *Posibilidades y límites del análisis estructural*, Madrid, 1981, p. 505.

²⁶Antonio Alatorre, op. cit., p. 13.